

N° 30367-C

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Y LA MINISTRA DE CULTURA, JUVENTUD Y DEPORTES

Con fundamento en el artículo 25.1 de la Ley General de la Administración Pública, y la Ley N° 7555 del 4 de Octubre de 1995, publicada en *La Gaceta* N° 199 del 20 de Octubre del mismo año, Ley de Patrimonio Histórico-Arquitectónico de Costa Rica.

Considerando:

1° Que el inmueble conocido como Mercado Municipal de Orotina constituye un ejemplo de arquitectura en madera construido a principios del siglo XX, que posee un lenguaje de influencia anglocaribeña.

2° Que la estructura de este inmueble constituye una adaptación en madera de estructuras similares en metal que fueron importadas de Europa en esa época.

3°— Que el Mercado Municipal de Orotina se ha constituido en un hito y nodo referencial de primer orden en la trama urbana que lo contiene y en la memoria colectiva de la comunidad.

4°—Que el Mercado de Orotina actúa como espacio vivencial cotidiano, generador de vínculos de colectividad y pertenencia de la comunidad.

5° Que es deber del estado salvaguardar el patrimonio histórico arquitectónico de la nación. **Por tanto,**

DECRETAN:

Artículo 1° Declarar e incorporar al patrimonio Histórico-Arquitectónico de Costa Rica, el inmueble conocido como Mercado Municipal de la ciudad de Orotina, sin datos de inscripción en el Registro Nacional, plano catastrado N° 2-0547091-1984, en posesión de la Municipalidad de Orotina, cédula jurídica N° 3-014042070, ubicado en el distrito central, cantón de Orotina, Provincia de Alajuela.

Artículo 2° - Esta declaratoria prohíbe la demolición del inmueble, e igualmente su remodelación parcial o total, sin la autorización previa del Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Artículo 3° - Rige a partir de su publicación.

Dado en la Presidencia de la República. — San José, a los veintidós días del mes de abril del dos mil dos.

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ ECHEVERRÍA.—La Ministra de Cultura, Juventud, y Deportes a. i., Patricia Carreras Jacob.—1 vez.— (Solicitud N° 5649).— C-7310.— (D30367-32888).

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN
DEL PATRIMONIO CULTURAL

M. C. J. D.

→ Escultura del cacique Coyoche

Cultura impide poner obra en el mercado de Orotina

➔ Ministerio alega que debe proteger el inmueble por ser patrimonio

➔ Municipalidad colocó estatua en un costado del parque local José Martí

Jorge Umaña
Corresponsal

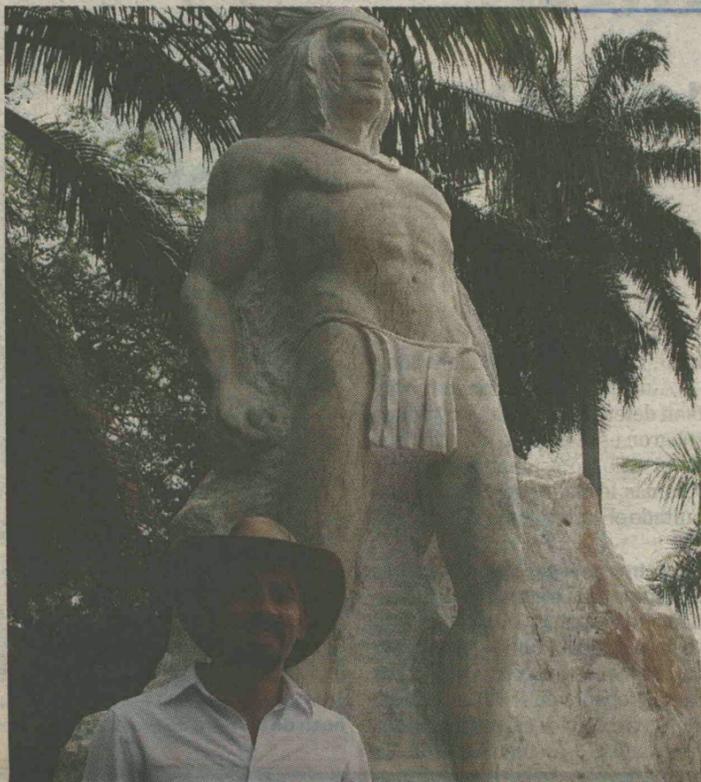
OROTINA, ALAJUELA. - El Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, del Ministerio de Cultura y Juventud, negó el permiso para que se colocara la escultura del cacique Coyoche en la plazoleta del Mercado Municipal de Orotina.

La obra, construida con motivo de los 100 años de fundación del cantón, se instaló en el costado noreste del parque José Martí.

"Es una lástima que no se pudiera hacer en la plazoleta del mercado, pero la nueva ubicación calza perfectamente con el detalle histórico-arquitectónico de tener frente a ella la llegada del ferrocarril a nuestras tierras", afirmó el alcalde Emilio Rodríguez.

Los trámites de permisos se presentaron ante el Ministerio de Cultura el 20 de junio de este año, pero el 11 de julio se recibió una nota con la negativa de los arquitectos Mario Álvarez Ramírez y Sandra Quirós Bonilla, del Centro del Patrimonio Cultural.

Los motivos. "Es nuestra obligación proteger los sitios y conjuntos urbanos y preservar la identidad del inmueble, declarado pa-



La estatua, realizada por el escultor Fabio Brenes Morales, fue ubicada en el costado noreste del parque José Martí, en Orotina. JORGE UMAÑA PARA LN

trimonio cultural, evitando alterar esencialmente su apariencia o naturaleza", consigna el documento.

Según los arquitectos, la escala que se proponía para la escultura del cacique era inadecuada, pues, por efecto de la perspectiva, la obra habría predominado en el Mercado Municipal.

"Lo que generaría que no se integre al entorno ni permitiría que se visualice el mercado a plenitud", añade la misiva.

La escultura, del artista Fabio Brenes Morales, con cinco metros de alto y un costo de \$278 millones, es una de las obras más grandes en

FINA ESCULTURA
La estatua está hecha con piedra caliza y costó más de \$278 millones a la Municipalidad de Orotina

el país talladas en una sola pieza y está hecha con "mármol de Nicoya" o piedra caliza, cuya dureza es comparable al mármol.

"La obra forma parte del proyecto artístico nacional La Ruta de los Indios. La idea es rescatar el papel de todos los caciques indígenas que se ubicaron en diversas zonas del país", dijo el escultor Brenes. ■

Involucrados

'Permanecerá en la comunidad'



NOMBRE: FABIO BRENES MORALES
CARGO: ESCULTOR

"Es una lástima que la escultura no se haya instalado en la plazoleta del Mercado Municipal. Sin embargo, aun así, estamos muy contentos porque es una obra que permanecerá para siempre en la comunidad de Orotina. La obra forma parte del proyecto artístico nacional La Ruta de los Indios".

'Hicimos todo apegados a la ley'



NOMBRE: EMILIO RODRÍGUEZ MOLINA
CARGO: ALCALDE DE OROTINA

"Hicimos todos los trámites para colocar la escultura, apegados a la ley y de forma responsable. A pesar de la negativa del Ministerio de Cultura, la nueva ubicación de la escultura del centenario calza perfectamente con el detalle histórico-arquitectónico de tener frente a ella la llegada del ferrocarril".

000022

0000038

MIDE 5 METROS

Escultura honra el centenario de Orotina

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

Jorge Umaña

Corresponsal

OROTINA. - Una escultura del cacique Coyoche se inauguró ayer con motivo de celebrarse el centenario del cantón de Orotina, Alajuela.

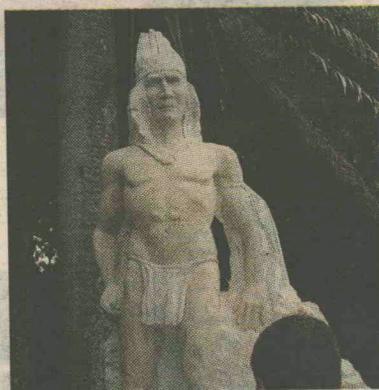
La obra, del escultor Fabio Brenes Morales, pesa 14 toneladas y tiene un costo cercano a los \$50.000 (¢25 millones).

La escultura mide cinco metros de alto y está tallada en una sola pieza.

La monumental obra se colocó en el parque central de Orotina y no en la plazoleta del mercado municipal, como originalmente se había planeado, pues el Centro de Patrimonio del Ministerio de Cultura negó el permiso para ubicarla ahí.

Según dijo Brenes, de 24 años, la idea es rescatar de alguna forma el papel de todos los caciques indígenas de diversas zonas del país.

“Ahora, gracias al gran respaldo de la Municipalidad y la empresa privada, tenemos la dicha de hacer una de las esculturas más grandes que existen en el país, talladas en una sola pieza, en este caso con mármol de Nicoya”, concluyó. ■



La escultura del cacique Coyoche está en el parque. JORGE UMAÑA

LA NACION 9.08.2008 P.26A

Fuente. Periódico Al Día. Lunes 10 de octubre del 2005. P. 10.

han ocasionado diversos encon-
tronazos entre funcionarios del
Ministerio de Cultura, Juventud y
Deportes y miembros de la Muni-



de ese lugar y ese aspecto, ha oca-
sionado inconformidad, entre los
usuarios. Pero a pesar de los plei-
tos, los vecinos de Orotina están
contentos de que ese lugar sea
arreglado. Es más, hasta los pro-
pietarios de algunos locales co-
merciales del mercado empeza-
ron a pintar las fachadas, para dar-
le una mejor cara a su lugar de
trabajo.

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

MERCADO DE OROTINA

Pleito por arreglo de plazoleta

■ Los trabajos que empezaron
recientemente en la plazoleta
del mercado local de Orotina,

**Plazoleta y mercado son pa-
trimonio.** » ALEJANDRA MADRIGAL.

cipalidad de Orotina. Al parecer, la
plazoleta y alguna parte del mer-
cado fueron declarados patrimo-
nio histórico en el 2002. Con la re-
modelación de este lugar, las pa-
radas de buses fueron removidas

0000035

~~000010~~

SÁBADO 12 DE FEBRERO
LA NACIÓN
2005

SU CANTON 15A

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

OROTINA

Pueblo se une para remodelar el mercado

Jorge Umaña

Corresponsal

El mercado central de Orotina tendrá una nueva imagen, pues regidores e inquilinos integraron una comisión con el objetivo de remodelar este viejo centro de comercio.

El Concejo local procura determinar, con el apoyo del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (MCJD), si las zonas que comprenden un área de juegos, un parquecito y la plazoleta (utilizada actualmente como parada de buses) son parte del mercado y, entonces, diseñar un proyecto general que abarque todos esos sectores.

La consulta es necesaria pues dicho centro de comercio fue declarado Patrimonio Nacional.



MINISTERIO DE CULTURA, JUVENTUD Y DEPORTES
Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural

0000034
~~000018~~

~~0000002~~

DPH-2037-2001

4 de setiembre, 2001

PARA: Arq. Sandra Quirós Bonilla
Directora CICIPC

DE: Arq. Ileana Vives Luque

ASUNTO: El indicado.

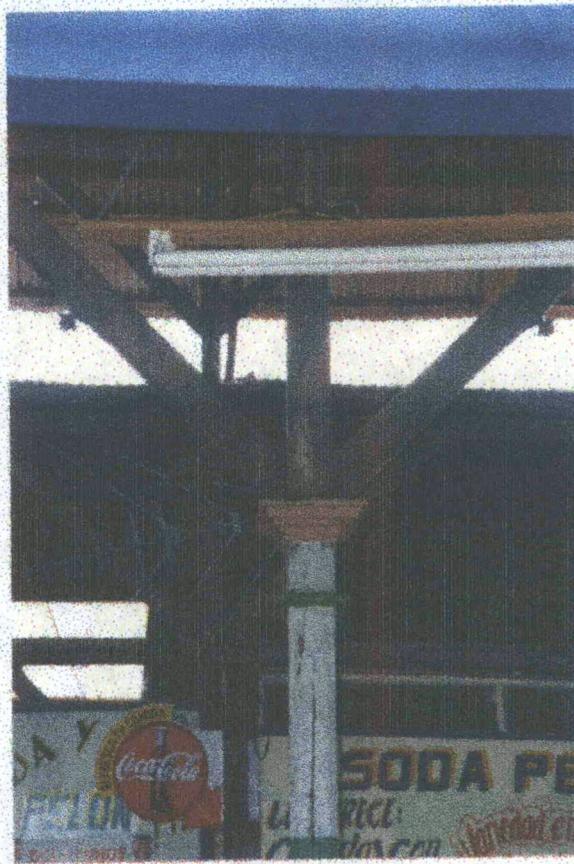
CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

Adjunto encontrará el informe técnico y el proyecto de decreto del inmueble conocido como Mercado Municipal de la ciudad de Orotina.

~~000017~~

0000033

~~0000003~~



CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION

DEL PATRIMONIO CULTURAL

M. C. J. D.

MERCADO DE OROTINA.

I JUSTIFICACIÓN

El edificio del Mercado de Orotina constituye un documento histórico arquitectónico de lo que fuera el origen de la evolución urbana de la ciudad, sobre todo a partir de la instalación del Ferrocarril al Pacífico y la actividad comercial y cultural que ello generó.

Su arquitectura nos refiere a la época del desarrollo de la construcción en madera y a la influencia de la llamada "arquitectura anglocaribea" en nuestro país.

Más la importancia del Mercado no se agota en su solución edilicia, sino que trasciende al plano de lo intangible; el edificio actúa como "monumento" local, posee valor simbólico como hito referencial por excelencia en la memoria colectiva del orotinense, su presencia en la trama urbana constituye un documento testimonial de la evolución de ese poblado.

Hoy día el tipo de arquitectura que posee el Mercado de Orotina se encuentra en extinción, en él se reconocen prácticas constructivas, plásticas y materiales excepcionales, las cuales han entrado en desuso con el tiempo.

Se trata de un inmueble cuyo valor socio cultural nació del reconocimiento del grupo social que lo produjo y cuya presencia física y simbólica ha trascendido a las generaciones subsiguientes, por lo que su conservación y protección se hace necesaria desde varios puntos de interés:

- Como arquitectura de excepción en madera de influencia anglocaribea
- Como hito referencial por excelencia en la conformación del espacio vivencial del orotinense, configurador de los ideales de colectividad y pertenencia que le otorgan identidad al entorno
- Como documento de la evolución histórica urbana de la ciudad de Orotina
- Como documento de una época histórica coyuntural en la historia de la Nación, cuando se construyó la vía del Ferrocarril al Pacífico.
- Como inmueble con potencial de seguir siendo "objeto significativo" para las generaciones subsiguientes en virtud de los valores y significados asociados a él y la posibilidad de que esas nuevas generaciones se reconozcan y afirmen sentimientos de pertenencia e identidad.

II ANTECEDENTES DEL OBJETO DE ESTUDIO

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

Investigar sobre los orígenes de la ciudad de Orotina es evocar imágenes del Ferrocarril que perviven en la memoria colectiva y afectiva de sus habitantes. Imágenes que configuraron no sólo el paisaje natural y cultural de la región, sino que además definieron la idiosincrasia de sus habitantes al transformar su economía y su vida socio cultural como ninguna otra actividad lo había hecho hasta entonces.

La ciudad de Orotina antiguamente llamada Santo Domingo de la Villa de San Mateo debió su auge y desarrollo a la empresa constructiva de la línea del Ferrocarril al Pacífico. La dinámica comercial, social y cultural de las diferentes actividades que se asociaron al desarrollo del

0000031
000015
0000005

ferrocarril trajeron a la naciente ciudad progreso y desarrollo y una particular identidad comunitaria relacionada con la vía férrea.

El poblamiento de lo que hoy conocemos como Orotina inició aproximadamente en 1840 con la inmigración de labriegos del Valle Central que anhelaban tierras propias para cultivar y criar ganado:

"Los cafetales se extendieron tanto en el Valle Central que los labriegos sólo les quedaba servir de peones. Unos se dirigieron hacia Dota, Puriscal, otros hacia Turrubares y las planicies del Tarcoles" (1)

Por su parte, la empresa de construir un ferrocarril hacia el litoral del Pacífico obedeció a la necesidad de crear las condiciones infraestructurales necesarias que permitieran el incremento de la producción cafetalera y su expedita comercialización, aspecto medular en la implementación del modelo de desarrollo agroexportador imperante en la época.

Con la construcción del ferrocarril, el asentamiento de Santo Domingo de San Mateo quedó temporalmente como terminal de esa vía férrea hacia ese litoral. En 1902 (2) llegó la primera locomotora de vapor del ferrocarril a esa población, a la cual se le empezó a llamar Orotina a partir de 1908 (3). A partir de entonces, la comunidad de Orotina comenzó a funcionar como terminal provisional del Ferrocarril al Pacífico, cobrando gran importancia como nodo regional y atrayendo inmigrantes de poblaciones vecinas como San Mateo, El Desmonte, Turrubares y las Minas de Abangares:

"El comercio se multiplicó, pronto hubo cuatro aserraderos, descascaradoras de arroz, panaderías, botica, tiendas, talabarterías, herrerías, telégrafo, luz eléctrica, hoteles, mercado, rastro y hasta funeraria" (4)

La existencia del Mercado es resultado directo de la llegada del ferrocarril a la comunidad, cuya actividad comercial se centralizó en un sitio pequeño con funciones de mercado en donde hoy se ubica el actual Mercado Municipal.

III. MERCADO DE OROTINA

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

La importancia de los mercados como sitios de intercambio se remonta a la América precolombina donde generalmente eran lugares abiertos donde se desarrollaban las actividades comerciales y sociales necesarias.

Posteriormente con la influencia española, se ubicaron los mercados en la Plaza Mayor, principal elemento configurador del paisaje urbano y núcleo generador de la ciudad, ya que además de la circulación de mercancías se concretizaban actividades esenciales de la comunidad, tanto de orden cívico como religioso y recreativo.

La tarea de construir "mercados municipales" surgió en el país a finales del siglo XIX para satisfacer medidas de saneamiento y ornato, dándose entonces el proceso de sustitución de plazas de mercado abiertas por mercados municipales techados y espacialmente delimitados.

Razones de higiene y ornato determinaron que en pocas décadas se perfilara una tipología de "mercado" cerrado como respuesta espacial arquitectónica. La plaza empezó a ceder su lugar a otro tipo de actividades, especialmente de esparcimiento y ornato.

El Mercado de Orotina inició su construcción en 1914 pero desde 1912 existía la iniciativa por parte de la Municipalidad para solventar la necesidad de tener un espacio que respondiera a los requerimientos de la creciente actividad comercial del lugar y otras zonas aledañas como San Mateo y Puriscal.

En el año 1914 durante la administración del licenciado Alfredo González Flores se publicó el siguiente Decreto:

"Autorizar a la Municipalidad del Cantón de Orotina de la Provincia de Alajuela para contratar un empréstito por la suma de quince mil colones a un interés no mayor del 12% anual con la garantía de sus rentas que fueren necesarias. Dicho empréstito se invertirá en la construcción de un edificio para mercado en la Villa de Orotina" (5)

Los planos del Mercado fueron ejecutados por Alfonso Iglesias (6), sin embargo al no ser adjudicada la obra, se iniciaron "dos galerones" destinados a mercado para esa Villa bajo la supervisión del jefe político de entonces (7) posteriores transformaciones dieron como resultado el actual inmueble que observamos hoy.

A partir de entonces, el Mercado fue el eje de la actividad comercial y la vida social, siendo el sitio cotidiano de encuentro para la gran mayoría de los orotinenses, núcleo de vida comunitaria que ha convivido con el pueblo los últimos 87 años.

Desde sus inicios, el Mercado de Orotina fue un espacio semiabierto que colinda por su fachada sur con una plaza que en primera instancia se utilizó como retén para que los usuarios dejaran sus caballos mientras frecuentaban el Mercado. Hoy día ese espacio se ha constituido en un complemento urbano de primer orden que equilibra las actividades dentro y fuera del mercado, además de que funciona como parada obligada de buses y busetas que transportan a los usuarios del mercado y sus comercios aledaños.

"El Mercado se construyó a partir de un piso de cemento chorreado sobre el que se levantó la estructura de cubierta en madera, lo delimitaban barandas también de madera al natural con tablonés dispuestos verticalmente de más o menos 2.5 metros de alto. Los accesos eran a través de portones de madera, internamente no existían divisiones por lo que se utilizaban tarimas móviles para colocar y exhibir productos" (8)

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN
DEL PATRIMONIO CULTURAL

M. C. J. D.

0000029
~~000013~~

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL

M. C. J. D.

IV. DESCRIPCIÓN DEL OBJETO ARQUITECTÓNICO

El lenguaje arquitectónico acusa influencia de la arquitectura anglocaribea, la cual se introdujo en nuestro país por dos vías principalmente: Primero, la llegada de la empresa multinacional United Fruit Company al litoral Atlántico de nuestro país en las últimas décadas del siglo XIX. Esa Compañía incorporó una arquitectura desarrollada por sus ingenieros en las oficinas que la Compañía poseía en la ciudad de Boston, Massachusetts, la cual era una adaptación de la arquitectura que los ingleses desarrollaron en sus colonias de ultramar. Segundo, la introducción en nuestro país de catálogos de arquitectura, mobiliario y decoración provenientes de las principales ciudades de Europa y Norteamérica, los cuales incorporaban elementos del lenguaje victoriano de moda en esa época.

La arquitectura del Mercado de Orotina presenta las siguientes características:

1. Se utilizó en su construcción madera de la zona como Laurel Negro y Corteza de venado para desarrollar la estructura primaria o de soporte y la estructura secundaria o de cierre.
2. El diseño estructural del inmueble refiere a las construcciones de almacenes, galerías y salas para exposición propias del siglo XIX, cuando la ingeniería realizaba importantes avances en el campo del diseño estructural y se experimentaba con nuevas tecnologías para la construcción.
3. Se diseñaron monitores para provocar ventilaciones cruzadas y por inducción, muy apropiadas para climas calurosos y húmedos como el de la ciudad de Orotina.
4. Se utilizaron aleros y antealeros como ajuste climático de la edificación para protegerla tanto del sol como de la precipitación intensa de la época lluviosa.
5. Se incorporaron materiales y procesos constructivos propios de la realidad comercial que vivía el país a través del intercambio que propició la economía del café: cemento, hierro, madera aserrada y torneada, clavos y tornillos.
6. La técnica del trabajo de la madera muestra diseño de volutas, toros y escocias en algunos capiteles, columnas con bordes a 45°, los cuales lucen acabados policromos.

La estructura portante del Mercado compuesta por vigas, columnas, cerchas y arriostres de madera, han llegado hasta nuestros días constituyendo uno de los poquísimos ejemplos de ese tipo de arquitectura en nuestro país (arquitectura excepcional), testimonio edificado de una época de gran desarrollo para la hoy ciudad de Orotina y toda la región del Pacífico Central.

El Mercado se convirtió en un punto de interés por su sistema constructivo, su particular lenguaje arquitectónico adaptado a las condiciones climáticas del lugar y la relación inmediata que posee con el contexto urbano que lo contiene, ejemplo de divergencia cuando se enfrenta un lenguaje incorporado con un contexto local natural y cultural que logra constituir un lenguaje crítico regional, entendido como la necesidad de atender a la propia circunstancia en los más diversos aspectos: modo de vida cotidiana, tradiciones constructivas e imágenes urbanas.

~~000012~~
000028
~~000008~~

V. INDICE DE CITAS

- (1) **Arbol de Recuerdos**
Ferrero, Luis
Pág. 10
Editorial Don Quijote, San José
1968

- (2) **Campo Ferial de Orotina. Tesis**
Rodolfo Mejías C.
Escuela de Arquitectura, UCR.
1995

- (3) Ferrero, Luis
Op. Cit. Pág.13

- (4) Ibid. Pág. 14

- (5) **Memoria de Fomento. 1915**
Pág. VI
Biblioteca Asamblea Legislativa

- (6) **Archivo Nacional de Costa Rica**
Serie Planos
Signatura 1820

- (7) **Umaña, José Otilio**
Revista Herencia, Volúmen 6, 1994
Pág. 10

- (8) **Elí Jiménez, Jorge Solís**
Fuentes orales
Mercado de Orotina, octubre 8, 2000

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

~~000011~~
000027
~~000009~~

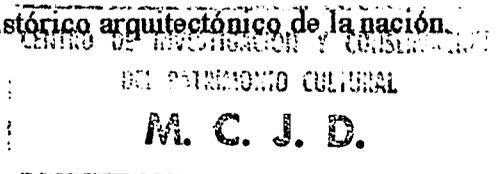
CONSIDERANDOS:

- 1- Que el inmueble del Mercado Municipal de Orotina constituye un ejemplo de arquitectura en madera construido a principios del siglo XX, que posee un lenguaje de influencia anglocaribeña.
- 2- Que su estructura constituye una adaptación en madera de estructuras similares en metal importadas de Europa en esa época.
- 3- Que el Mercado Municipal de Orotina se ha constituido en un hito y nodo referencial de primer orden en la trama urbana que lo contiene y en la memoria colectiva de la comunidad.
- 4- Que el Mercado de Orotina actúa como espacio vivencial cotidiano, generador de vínculos de colectividad y pertenencia de la comunidad.
- 5- Que es deber del estado salvaguardar el patrimonio histórico arquitectónico de la nación.

Por tanto,

Decretan:

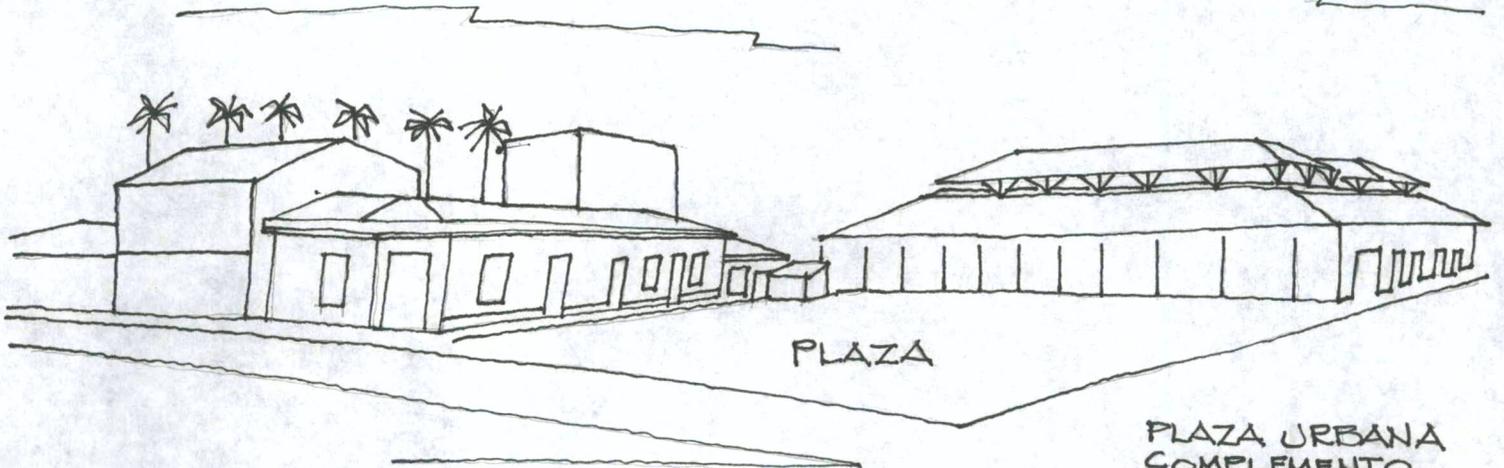
Artículo 1° Declarar e incorporar al Patrimonio Histórico Arquitectónico de Costa Rica, el Mercado Municipal de la ciudad de Orotina, Provincia de Alajuela. Propiedad de la Municipalidad de Orotina.



000010

000010

000026



PLAZA

PLAZA URBANA
COMPLEMENTO
DE EQUILIBRIO
ESPACIAL.

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION DEL PATRIMONIO CULTURAL
DISEÑO: R. MEJIAS
M. C. J. D.



MERCADO DE OROTINA

0000009

~~0000011~~

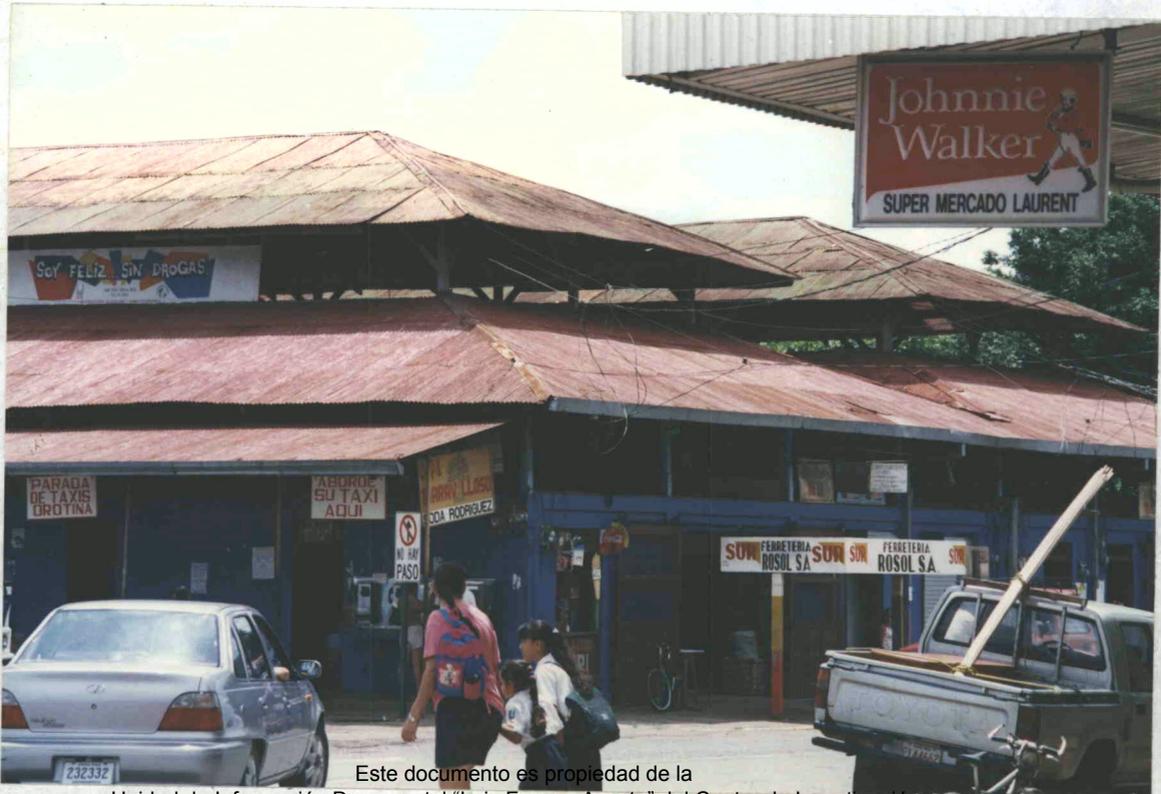
0000025

ESTRUCTURA DE CUBIERTA.

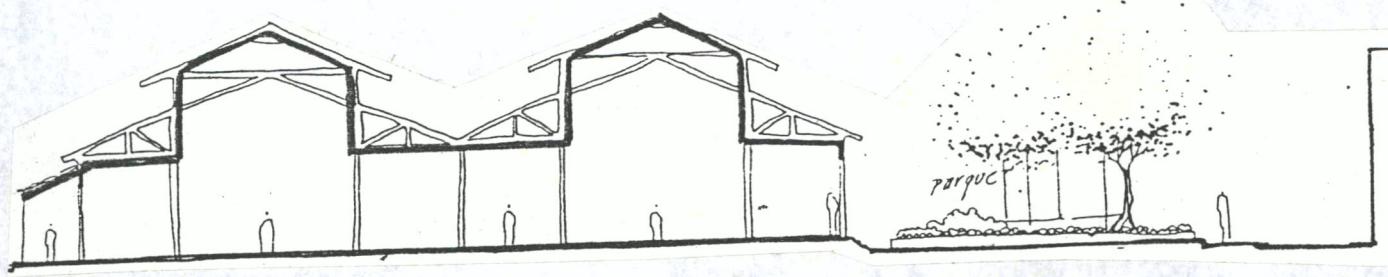


CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

ARQUITECTURA DE EXCEPCION: SE RECONOCEN PRACTICAS CONSTRUCTIVAS, PLÁSTICAS Y MATERIALES LAS CUALES HAN ENTRADO EN DESUSO CON EL TIEMPO.



~~000008~~
0000024 ~~0000012~~



MERCADO DROTINA.

CORTE NORTE - SUR

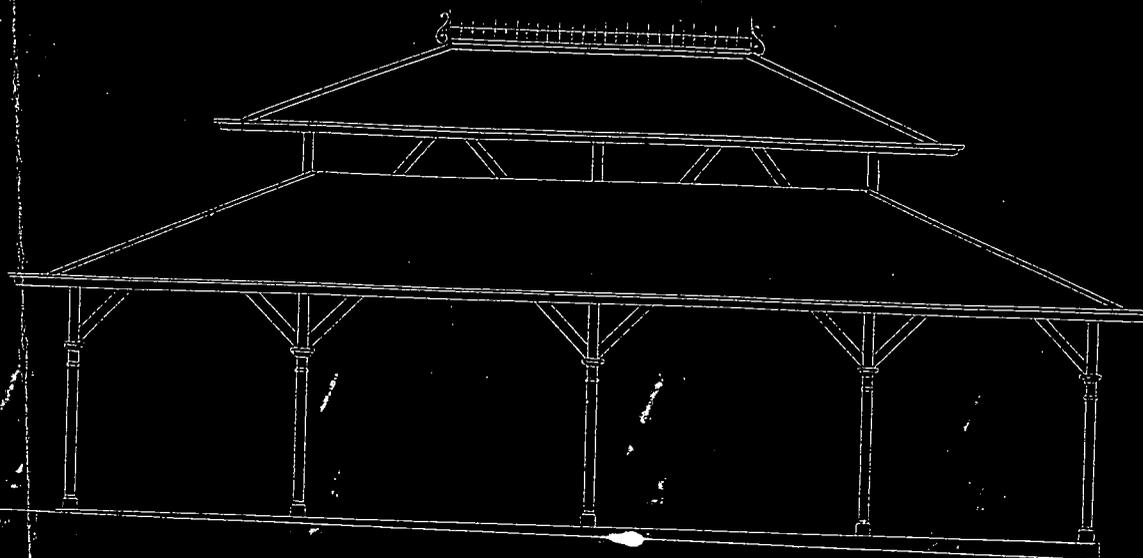
CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.



ESTRUCTURA
PRIMARIA: MADERA

000007

0000023



MERCADO

DE OROTINA

Escala 1/20 = 1,00

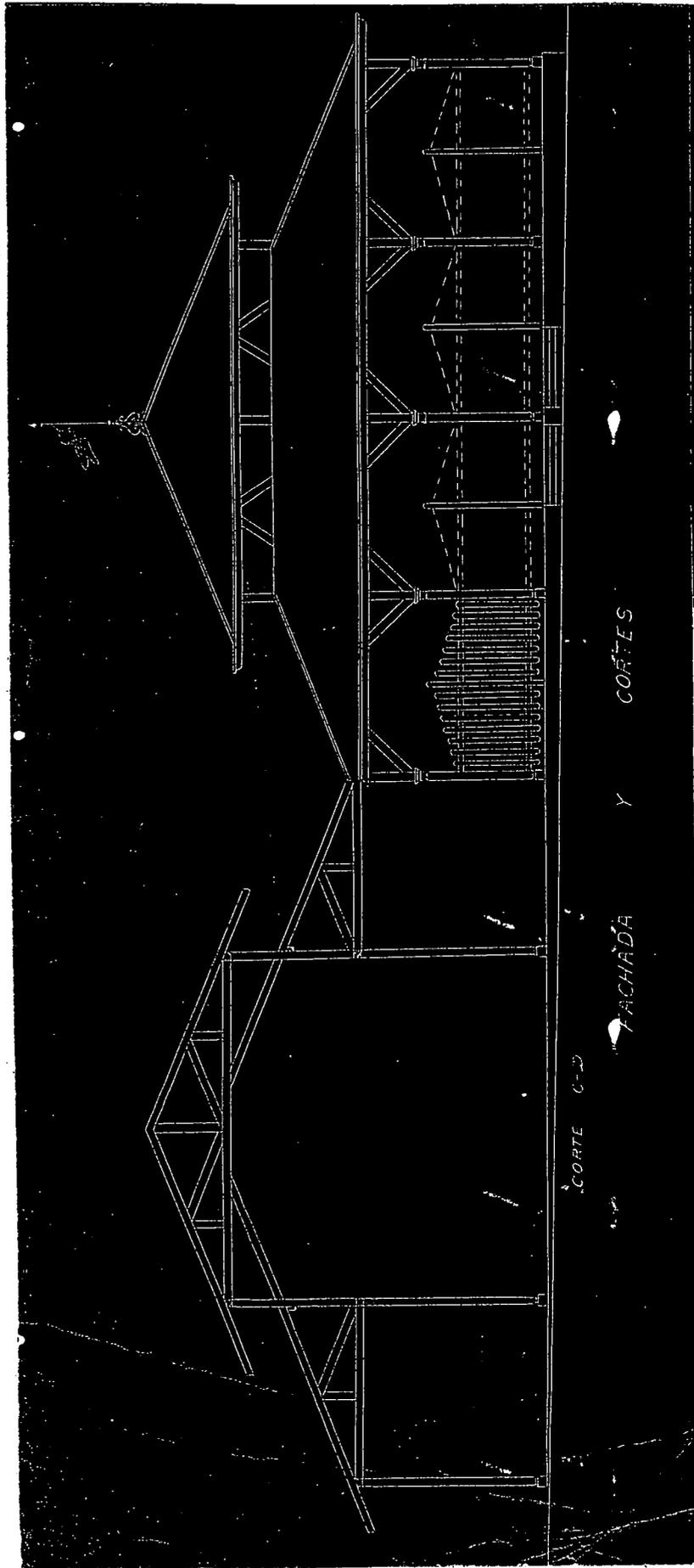
P. Alfonso G. G. G.

1914

Aprobado

A.N.C.R.

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
 DEL PATRIMONIO CULTURAL
 M. C. J. D.



CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
 DEL PATRIMONIO CULTURAL

M. C. J. D.

~~000005~~

Catastro descripción de Plano - REGISTRO NACIONAL -

PLANO 2 0547091 1984 ARCHIVO 2 09 01 006 183
 CANTON OROTINA..... DISTRITO OROTINA.....
 URBANIZACION
 BL/MZ NO.LOTE
 PROYECTO 000 000 NO.MAPA 0000000000
 PARCELA 0000.000 AREA REGISTRO
 AREA PLANO CAT 0000002715.07 COORDENADAS 478 9 210 7
 CITAS MICROFILM 130 0086 1984

*** PLANO NO TIENE FINCAS ***

Propietarios

Nombre	Cedula	Tipo
MUNICIPALIDAD DE OROTINA	3014042070	ESTADO

*** PLANO NO TIENE PLANOS PADRES ***

*** NO HAY PLANOS HIJOS ***

REGRESAR IMPRIMIR CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
 DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.



NOMBRE: MUNICIPALIDAD DE OROTINA

CEDULA: 3014042070

PLANO	ARCHIVO	AREA	CANTON	DISTRITO
2 0470222 1982	2 09 01 003 061	823.57	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0523695 1984	2 09 01 006 167	590.79	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0537062 1984	2 09 01 006 161	10000.00	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0538710 1984	2 09 01 006 175	600.09	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0542962 1999	2 09 03 006 397	3588.22	OROTINA.....	HACIENDA VIEJA.
2 0545798 1999	2 09 03 006 398	1000.00	OROTINA.....	HACIENDA VIEJA.
2 0547091 1984	2 09 01 006 183	2715.07	OROTINA.....	OROTINA.....*
2 0588450 1985	2 09 02 006 060	20000.04	OROTINA.....	MASTATE.....
2 0655551 1986	2 09 01 006 446	1205.51	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0665943 2000	2 09 01 010 004	37624.88	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0708749 2001	2 09 01 010 268	259.15	OROTINA.....	OROTINA.....
2 0834867 1989	2 09 01 007 315	1769.90	OROTINA.....	OROTINA.....

*** HAY MAS PLANOS ***

ENTER:MAS PLANOS PF2:PLANOS HIJOS PF4:PROPIET PF6:VER PLANO PF9:PANT ANTERIOR
PF1:RETORNA MENU PF3:PLANOS PADRE PF5:FINCAS PF8:RETORNA NOMBRES PA2:TERMINAR

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

0000019

REGISTRO NACIONAL
N00M18

S I S T E M A I N D I C E
D E P L A N O S
CONSULTA A LA BASE DE DATOS

CATASTRO NACIONAL
N00P18

~~000003~~

PROPIETARIOS DEL PLANO 2 0547091 1984

N O M B R E
MUNICIPALIDAD DE OROTINA

TIPO
C E D U L A PROPIETARIO
3014042070 ESTADO

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

*** NO HAY MAS PROPIETARIOS ***

ENTER:MAS NOMBRES PF1:RETORNA MENU PF2:PLANOS HIJOS PF3:PLANOS PADRES
PF5:FINCAS PF6:RETORNA PLANOS PF7:RETORNA PLANO PA2:TERMINAR

REGISTRO NACIONAL
N00M15

S I S T E M A I N D I C E
D E P L A N O S
CONSULTA BASE DE DATOS

CATASTRO NACIONAL
N00P150013

FINCAS DEL PLANO 2 0547091 1984

~~000002~~

H P FINCA D DER TOMO FOL ASI

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

*** PLANO NO TIENE FINCAS ***

ENTER:MAS FINCAS
PF4:PROPIETARIOS

PF1:RETORNA MENU
PF6:RETORNA PLANOS

PF2:PLANOS HIJOS
PF7:RETORNA PLANO

PF3:PLANOS PADRES
PA2:TERMINAR

REGISTRO NACIONAL
N00M14

S I S T E M A I N D I C E
D E P L A N O S
CONSULTA BASE DE DATOS
POR NUMERO DE PLANO

CATASTRO NACIONAL
N00P14

~~000001~~
0000017

PLANO	2 0547091 1984	ARCHIVO	2 09 01 006 183
CANTON	OROTINA.....	DISTRITO	OROTINA.....
URBANIZACION			
BL/MZ		NO.LOTE	
PROYECTO	000 000	NO.MAPA	0000000000
PARCELA	0000 000	AREA REGISTRO	
AREA PLANO CAT	0000002715.07	COORDENADAS	478 9 210 7
CITAS MICROFILM	130 0086 1984		

PF1:RETORNA MENU
PF5:FINCAS

PF2:PLANOS HIJOS
PF6:RETORNA PLANOS

PF3:PLANOS PADRES
PA2:TERMINAR

PF4:PROPIETARIOS

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

Volumen 6 Nos. 1 y 2 1994

herencia

PROGRAMA DE RESCATE Y REVITALIZACION DEL PATRIMONIO CULTURAL

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL

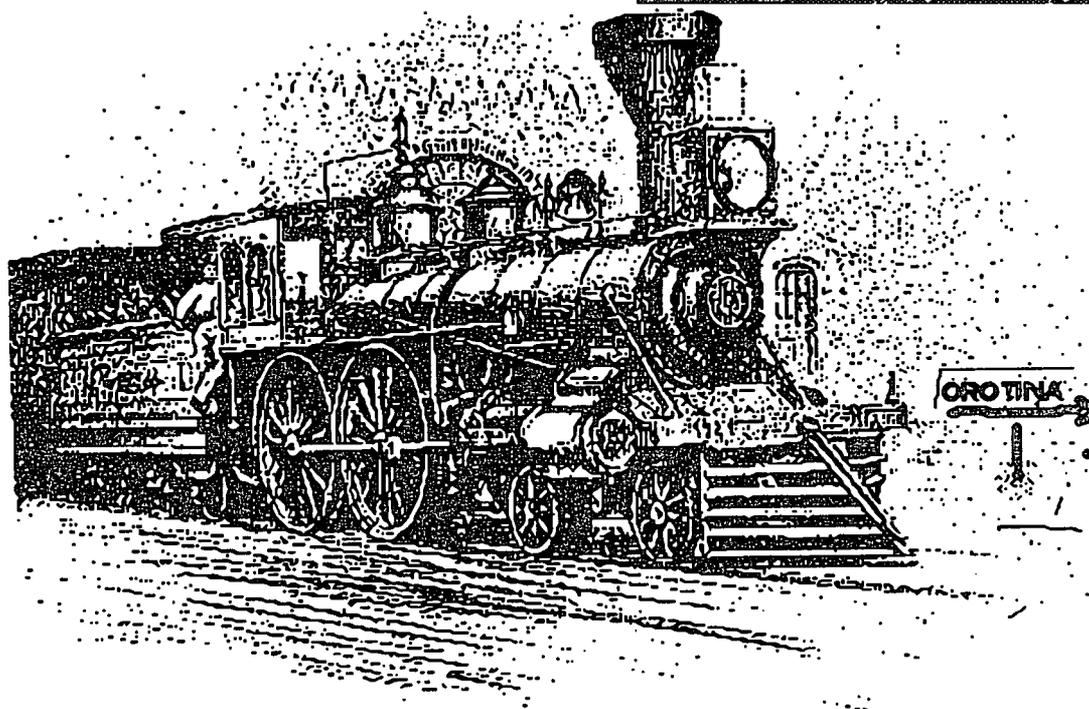
M. C. I. D.

EL MERCADO DE OROTINA:**HISTORIAS DE UN SITIO FRESCO
EN UN PUEBLO CALUROSO**

"Y así la unión entre el pasado y el futuro está en la idea misma de la ciudad que la recorre, como la memoria recorre la vida de una persona, y que siempre para concretarse debe conformar la realidad pero también debe tomar forma en ella. Y esta conformación permanece en sus hechos únicos, en sus monumentos, en la idea que de éstos tenemos".

Aldo Rossi, LA ARQUITECTURA DE LA CIUDAD

José Otilio Umaña



JUSTIFICACION DE UNA ESCRITURA

¿Por qué escribir sobre Orotina?
¿Por qué hacerlo sobre su mercado? El propósito de este ensayo no es llevar a cabo una descripción arquitectónica sino, más bien, recoger y apuntar un poco esa historia de pueblos donde la memoria se va con quienes mueren y, a falta de estudiosos que le den importancia y la registren mediante la escritura, la estamos perdiendo con gran rapidez. La rica herencia cultural de nuestras comunidades casi nunca encuentra sitio en las relaciones de los grandes eventos nacionales o, al menos, de los hechos que ciertas vertientes del discurso histórico, bajo un supuesto de importancia y de objetividad, tratan como tales. En la palabra discriminatoria de esa forma de escribir nuestro pasado, se promueve una relación vertical entre una cúspide que se lleva el nombre y una base social sumergida en el anonimato.

Junto a ese interés exclusivo por la historia de los grupos de poder, generalmente afincados en los centros metropolitanos, a menudo parece imperar una mayor despreocupación y silencio conforme la comunidad se distancia de la ciudad capital. El mérito de una comunidad, parece querer decirnos la lógica de ese discurso histórico, decrece conforme aumenta la distancia. El caso del cantón de Orotina ilustra muy bien este fenómeno. Salvo unos pocos estudios, las referencias a ese

pueblo, rico en tradiciones y con una historia capaz de sorprender a cualquiera, son escasas y limitadas; casi como si no hubiese tenido historia, o como si ésta no tuviera la relevancia que amerite su rescate.

Para las nuevas generaciones quedan los edificios pero, en su memoria, estos aparecen como lugares vacíos donde los contenidos históricos se ignoran; sitios que, ante la fuerza homogenizadora de la cultura de masas y de las influencias extranjerizantes, pasan a ser meros puntos de referencia espacial desprovistos de mayor sentido; objetos de los cuales, como sucede con un televisor o cualquier otro producto de consumo, desconocemos la actividad humana que les podría otorgar un trasfondo más allá de la simple utilidad. El interés prevaleciente en quienes ejercitan el discurso histórico preocupado por el registro de grandes eventos, poco o nada ayuda a que esas construcciones tengan una más profunda repercusión en la experiencia vital del ciudadano promedio. No es de extrañar que algunos se asombren de la débil memoria histórica del costarricense. Nosotros, sin ser historiadores y creyendo que la recopilación de los eventos cotidianos constituye el rescate de una herencia cultural más rica, en la cual hay opción de asomarse y de encontrarse, recogemos una historia que, como muchas otras, está a punto de ser olvidada.

Intentamos, entonces, rescatar un poco cuanto ha sido el Mercado Municipal de Orotina, mediante el recuento de su impacto en la vida de los orotinenses.

CENTRO DE INVESTIGACION Y CONSERVACION
DEL PATRIMONIO CULTURAL
M. C. J. D.

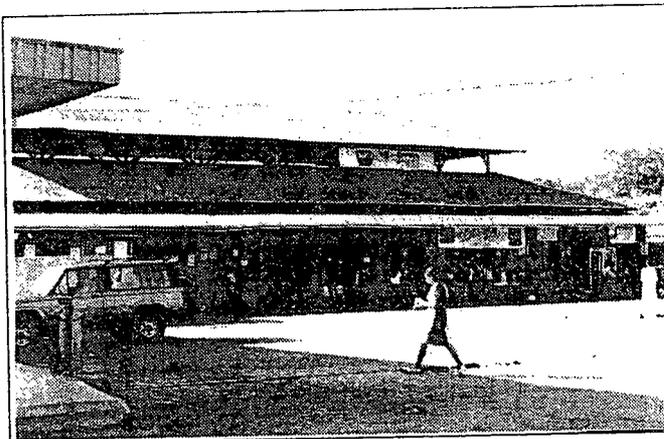


DE LA PLAZA ABIERTA AL MERCADO CERRADO

Es prácticamente imposible pensar en un pueblo que no tenga lugares específicos donde se lleven a cabo las actividades de venta y compra de bienes y servicios. En la América precolombina, el mercado era un sitio de suma importancia y, generalmente, se enmarcaba en un espacio abierto, sin paredes ni techo. Las cartas de relación de Hernán Cortés, por ejemplo, describen con gran admiración una actividad comercial intensa y altamente especializada en las plazas indígenas mexicanas; actividad comercial que tocaba los rincones de esa gran área denominada Mesoamérica, la cual, extendiéndose hacia el sur del continente, abarcaba la parte norte de nuestro actual territorio costarricense. En los mercados indígenas, las áreas se distribuían según el tipo de productos y se ejercía control sobre los precios.

En la tradición española, sobre cuyas bases se organizaron las ciudades latinoamericanas de acuerdo con la ordenanza de población dada por Felipe II en 1573, la actividad del mercado se ubicó en la plaza mayor; en su interior, además de la circulación de mercaderías, se concentraban «*las actividades esenciales de la comunidad, tanto en el orden cívico, religioso o recreativo*». En la plaza se conjugó «*la idea del 'centro cívico' renacentista unido a la experiencia medieval del mercado y el 'ámbito de vida' externa indígena*»¹. En tales lugares, el comercio se realizaba, de manera principal, en los portales y arcadas alrededor del

espacio abierto. Con el tiempo, esos portales empezaron a verse a lo largo de las cuatro calles principales que salían de la plaza mayor orientadas a cada uno de los puntos cardinales, como una forma de brindar comodidad a «*los tratantes que suelen concurrir*»²; donde esos portales estaban ausentes, los sitios para la actividad comercial se señalaban con esteras, toldos y mantas. Tanto en el modelo indígena como en el impuesto por Felipe II, el área donde se llevaba a cabo la oferta y demanda de mercaderías y servicios funcionaba como lugar de encuentro social y como centro de información para las gentes. Esto es, la actividad comercial generaba, por el aglutinamiento de personas venidas de distintos puntos, un fenómeno de comunicación de mucha importancia en la vida de las ciudades.



El modelo requerido por la Corona Española, en mayor o menor medida modificado por la práctica comercial indígena, orientó la actividad mercantil de los pueblos y ciudades hispanoamericanos en la Colonia y, en algunos casos, lo siguió haciendo durante buena

parte de nuestra vida republicana. En Costa Rica, así como en otros países, la plaza mayor sufrió profundas transformaciones que, en lo particular, se reflejan de manera innegable en el sitio escogido para la actividad comercial a partir de la segunda mitad del siglo XIX y, de forma más intensa, en el siglo XX. La expansión demográfica de nuestras ciudades y, especialmente, el desarrollo científico y tecnológico que generó la producción de una creciente oferta de bienes de consumo, empezaron a desplazar la actividad comercial a las calles y avenidas. El modelo de plaza español respondía a un concepto de mercado reducido y a una idea de ciudad un tanto estática. Pero las ciudades, como centros complejos de interacción social, cambiaron su conformación; su naturaleza dinámica impulsó un crecimiento que, poco a poco, empezó a romper la plaza mayor como el eje de la vida en las ciudades coloniales. *«La ciudad»*, argumentan François Fourquet y Lion Murard, *«tiene como condición principal la circulación; nace de los entrecruzamientos de las corrientes de mercancías, de trabajadores, de capital-dinero»* y *«llama y centraliza los flujos de capitales y de informaciones, los metaboliza y los lanza hacia afuera, sobre el espacio de la distribución social»*³. El cambio de las ciudades y de la vida en ellas era y seguirá siendo inevitable.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la plaza mayor vio desplazarse la actividad mercantil hacia los establecimientos comerciales aislados, muchas veces en locales incorporados a las viviendas de sus dueños. Tiempo después, Ramón Gutiérrez sostiene, *«las razones de higiene y ornato público,*

unidas a las posibilidades de uso masivo del hierro determinarán en pocas décadas la adopción de la tipología del mercado cerrado como nueva respuesta arquitectónica» y agrega: *«La expansión de este tipo de edificios en Francia con Les Halles, de Baltard, y en Inglaterra con el Covent Garden, de Charles Fowler (1827-1830) y el Hungerford (1830-33) le dio el prestigio imprescindible para su aplicación en América»*⁴. En Costa Rica, ansiosas de progreso económico y dispuestas a incorporar las experiencias inglesa y francesa, nuestras gentes se fueron acostumbrando a un nuevo tipo de edificación: el mercado cerrado. A la vez, la plaza empezó a ceder lugar a otro tipo de actividades, especialmente las de esparcimiento y ornato; con el paso de los años, se transformaron en parques o en canchas de fútbol.

EL MERCADO NO ES SOLO UN EDIFICIO

Cuando nacemos, nos encontramos un mundo ya hecho en el cual debemos aprender a vivir. Instituciones, lenguaje, construcciones, formas de relación, entre otros, nos son transmitidas bajo la apariencia de haber estado allí durante todo el tiempo y, con frecuencia, se evita mostrarnos su carácter histórico, su naturaleza cambiante. Frente a ese mundo consolidado, 'humanizarse' significa someter el cuerpo instintivo que somos al nacer, a las condiciones de esa realidad, hacemos transmisores de una herencia cultural que, paso a paso, nos ha de orientar a ciertas producciones de sentido y nos ha de permitir la memoria, el sentimiento de pertenecer a él, en fin, poseer una identidad.

Es esa apariencia de verdad y de no cambio, la base de un índice de semejanza/diferencia que nos permite distinguir entre un 'nosotros' y 'los otros'.

En ese mundo heredado, las construcciones materiales (casa, calle, escuela, iglesia, mercado, puente, por ejemplo) ejercen una influencia vital en la conformación de la personalidad individual y la identidad colectiva. Los primeros pasos, el cálculo de las distancias, la orientación espacial, el resguardo ante las fuerzas de la naturaleza y la protección de nuestros cuerpos empiezan a ser aprendidos y, con ellos, se impregna la conciencia entre los límites de los hechos arquitectónicos, de manera fundamental en la casa. *«La casa es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre»*, dice Gaston Bachelard; *«sin ella»*, agrega, *«el hombre sería un ser disperso»*⁵; este hecho alcanza tal incidencia que, *«para el conocimiento de la intimidad es más urgente que la determinación de las fechas la localización de nuestra intimidad en los espacios»*⁶.

Nuestra vida, nuestra conciencia y nuestra memoria están marcadas por la noción que tenemos del espacio y, por supuesto, del papel que asumen las edificaciones en la experiencias tenidas a lo largo de la historia. *«El interés del hombre por el espacio tiene raíces existenciales»*, argumenta Christian Norberg, pues *«deriva de una necesidad de adquirir relaciones vitales en el ambiente que le rodea para aportar sentido y orden a un mundo de acontecimientos y acciones»* y,

consecuentemente, para establecer *«un equilibrio dinámico entre él y el ambiente que le rodea»*⁷. Así como en la casa inicia el proceso de nuestra inserción en el mundo, los edificios en los cuales se efectúan las demás actividades propias de eso que Louis Althusser llama *«aparatos ideológicos de estado»*⁸ marcan toda visión de mundo y todo sentido de pertenencia a una comunidad particular. Entre otros, la escuela, la iglesia, el parque, el mercado, el cementerio, han de gravitar en la memoria del sujeto, no solo como construcciones materiales o puntos de referencia sino, principalmente, como sitios de acción significativa, como ámbitos vivenciales de primer orden, pues, al fin de cuentas, nuestra vida toda es un acontecer en lugares. De allí la importancia de la conservación del patrimonio arquitectónico; su desaparición es el debilitamiento o aniquilación de la historia personal y colectiva, el vacío de la memoria, la muerte del sentido. Aldo Rossi piensa que *«la historia de la ciudad es también la historia de la arquitectura»*⁹ y *«la memoria colectiva de los pueblos»*, pues *«como la memoria está ligada a hechos y a lugares, la ciudad es el locus de la memoria colectiva»*¹⁰.

Aceptar la anterior relación del sujeto con la realidad construida implica, forzosamente, que un mercado como el de Orotina no es, entonces, solamente un edificio de hormigón, zinc y madera sino, y antes que nada, un espacio existencial cuya naturaleza de 'lugar', funciona en un contexto más amplio y complejo; es una concreción eminentemente material, pero con un papel conformador de rasgos particulares en la vida de la comunidad. Así, más que su estructura y características

constructivas, importa su impacto en el carácter del ciudadano y en la trayectoria del pueblo.

LOS ORIGENES DE UN PUEBLO CALUROSO

La historia de Orotina recuerda, en algunos aspectos, la de otros pueblos latinoamericanos. Aunque pueda sonar como una exageración, más la ha recogido Gabriel García Márquez en su Macondo -sin quizá jamás haber escuchado siquiera su nombre- que cuanto han hecho nuestros historiadores y narradores, a excepción de ese extraordinario orotinense llamado Luis Ferrero Acosta. Maravillosos períodos de bonanza y aventura. Relaciones de hechos fuera de lo normal. Declive. Muerte. Resurgimiento. Parte de esos gestos pequeños y cotidianos que resumen la esencia del realismo maravilloso y componen el espíritu de los pueblos en esta nuestra América.

Orotina está situado donde alguna vez, allá por el siglo XVI, se estableció un pequeño caserío llamado Villa de los Reyes; villa que impactaba por su asombrosa miseria y abandono. Ese asentamiento no constituyó el verdadero origen de cuanto hoy es Orotina. Fue la actividad comercial de exportación por la ruta a Puntarenas durante la segunda mitad del siglo XVIII la que estableció, en un inicio, «el paraje» de San Mateo y, posteriormente, un caserío hacia el este del hoy distrito primero de Orotina: «*El comisario Juez Pedáneo de Esparza dirigió el 1 de Agosto de 1808 una nota al Gobernador acerca de la conveniencia de fomentar la población de San Mateo*

que se estaba formando en el camino á Puntarenas» y, en 1859, se erige San Mateo en parroquia; ya para 1868, se le concede «*el título y derechos de villa*», escribe Bernardo Augusto Thiel¹¹.

La zona de cuanto después sería Orotina empieza a ser poblada alrededor de 1840. Unos veinte años más tarde, «*los Vargas tenían amplias casas de tejas. En el camino del Alumbre, germen del caserío, se encontraban varias casas de tejas y algunos ranchos pajizos*»¹². En 1863, se lo reconoce como el distrito de Santo Domingo de San Mateo; cinco años después, se abre la primera escuela del lugar y, para 1900, ya era un «*pueblo tranquilo y limpio, tostadito de sol*» que «*pronto iría creciendo, estirándose, progresando...*»¹³.

En 1902, Santo Domingo de San Mateo es partido en dos por la vía del ferrocarril. La herida, en plena mitad del corazón, no le causa la muerte sino más bien le impulsa la vida. Es la última estación del tren. Este hecho tuvo una fuerte incidencia en toda la actividad del pueblo, de manera especial en el ámbito económico, pues con la construcción del ferrocarril también arribaron gentes de otros lugares del país, así como muchos extranjeros. Santo Domingo, con una ruta más rápida y directa hacia la ciudad capital e invadido por quienes terminaban allí su jornada e intentaban asentarse en aquel lugar con el fin de compartir la promesa de un magnífico futuro, se fue desligando de San Mateo. Seis años después, en 1908, se separó con el nombre de Orotina. «*Hubo explosión de júbilo ese día en que se inauguró oficialmente el Cantón de Orotina: se instaló la municipalidad, se*

invitó a varias autoridades civiles y militares, a personalidades políticas, a representantes de la jerarquía eclesiástica, a periodistas y a vecinos»¹⁴.

La vida del joven pueblo orotinense tomó un rumbo muy particular y mucho dinamismo. Luis Ferrero recoge así el espíritu de esa época:

"Orotina, estación principal en el recién inaugurado ferrocarril, hacia 1910 cobró tal importancia que, como imán, atrajo a sí gentes de San Mateo, de Desmonte y de las Minas; a campesinos de Turrubares y otros sitios. El comercio es cosa humana y crea riquezas: la afluencia de compradores y vendedores llamó la prosperidad. Pronto hubo cuatro aserraderos, descascadores de arroz, panaderías, botica, tiendas, sastrerías, talabarterías, herrerías; barberías, telégrafo y teléfono, luz eléctrica, tenerías, hoteles, mercado, rastro y, hasta funeraria. ¹⁵

Muchos hombres y mujeres llegaron en busca de fortuna; se destacó, en un principio, el interés por la actividad agrícola, principalmente la siembra de arroz y la industria maderera.

Lo que para 1840 era un diminuto caserío sofocado por el ardiente sol, se había transformado, gracias al tren y a la

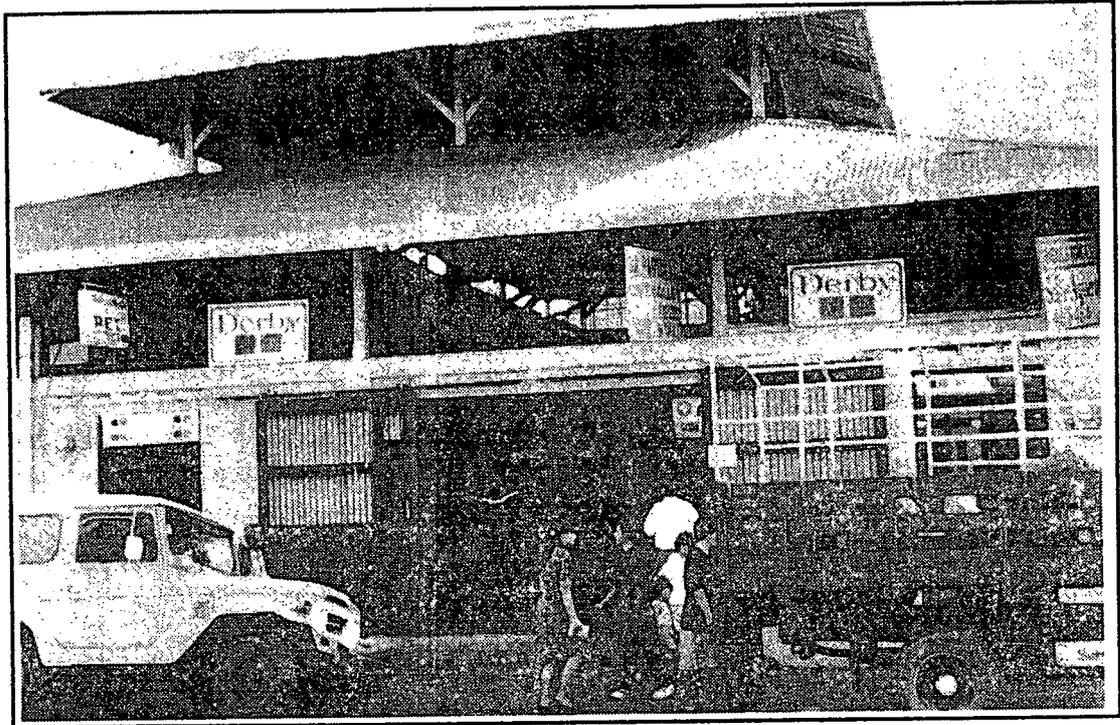
actividad económica que éste trajo consigo, en verdadero centro de atracción para gente del Valle Central y para los habitantes de Atenas, Esparza, Turrubares, Puriscal, San Mateo y poblados a lo largo de las costa del Pacífico. A principio de la segunda década, se plantea la necesidad de extender el alumbrado público, se solicitan bancas de cemento para la plaza y, con la clara intención de transformarla en un parque, se contratan los servicios de Lesmes Jiménez para la construcción de la acera; por esa época, también se empiezan a hacer gestiones para un quiosco y para un hospital.

Tal y como sucedía entonces en la mayoría de los pueblos costarricenses, la actividad comercial ya no se realizaba en la plaza frente a la Iglesia, sino en establecimientos comerciales distribuidos en distintos puntos de la ciudad y, en el caso de Orotina, en un sitio pequeño con funciones de mercado en donde hoy se ubica el Mercado Municipal. El auge económico, en consonancia con la experiencia del mercado como sitio cerrado en otros lugares del país, hizo que se pensara en la necesidad de un edificio donde aglutinar la creciente actividad comercial.

En 1912, la Municipalidad emprende gestiones para construir un mercado público, por cuanto ha *«adquirido ya el área de terreno suficiente»* con el fin de levantar un edificio *«cuya construcción se viene haciendo sentir desde hace un tiempo, en el pueblo, por el incremento alcanzado en este cantón y demás cantones adyacentes»*, reza el acta de la sesión XVII del 9 de julio de ese año, *«como Puriscal y*

San Mateo, que por su proximidad y fácil comunicación con esta Villa puedan aquellos vender sus productos en domingos y demás días de la semana para su consumo». En julio de 1914, se saca la obra a licitación, con base en los planos ejecutados por Alfonso Iglesias y, al no

transformaciones que le dejan en su estado actual. La ubicación entre dos plazas abiertas, sus dimensiones, disposición y las seis amplias entradas, dan clara idea de la importancia y repercusión de ese edificio en la vida del cantón y más allá de Orotina.



ser adjudicada, se inician «dos galerones destinados al mercado de esta Villa», bajo la supervisión del Jefe Político. Así, grandes árboles de la zona son cuidadosamente seleccionados y aserrados para constituir los frondosos y ventilados techos de lo que sería, poco tiempo después, el Mercado. Antes de haberlo concluido, por eso de febrero de 1915, se le pone en uso con un horario de 6 a.m. a 6 p.m. todos los días, incluyendo domingos, y los sábados hasta las 9 p.m. Décadas después, el edificio habría de sufrir

EL SITIO MAS FRESCO Y CONCURRIDO DEL PUEBLO

Construido entre 1914 y 1915, el mercado llegó a convertirse, junto con la Iglesia, el Parque José Martí, la escuela Primo Vargas, la «Jefatura» (Palacio Municipal) demolida en los años sesenta y con gran afinidad arquitectónica con el Mercado, la estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, los salones de bailes, cantinas y el cementerio, en uno de los

sitios donde los habitantes de ese comal caliente han encontrado un profundo apego a sus coterráneos y un extraordinario aquerenciarse a su cantón; tanto que, así como se verbaliza el mito de la incomparable Costa Rica, los orotinenses creen tener en su cantón el centro mismo del mundo. Ello no es resultado de una ciega mentalidad aldeana, esto es, creer que el mundo se acaba en los confines de su tierra; antes bien, ese fortísimo rasgo de pertenencia y admiración resulta del sobreponer, en su valoración del mundo, muchos aspectos positivos; entre ellos, la tranquilidad de dormir en paz y dejar la puerta de la casa apenas empujada. A unos setenta kilómetros de San José por carretera, la humedad y lo pesado del sol imponen la costumbre de mantener las ventanas siempre abiertas, inclusive las de los vehículos. Para muchos orotinenses, acostumbrados a vestir liviano, a escurrirse libremente entre el calor y a no detener el aire con barras de hierro en las ventanas o con puertas de seguridad, la vida en la ciudad capital les resulta una prisión asfixiante y peligrosa. Su mirada en el pueblo no choca contra los muros que seccionan dramáticamente el paisaje urbano del Valle Central. Los solares aún se extienden plácidamente, como si los vecinos supieran qué es de cada quien y qué tanto comparten. Es un pueblo donde se vive despacio, tranquilamente, acomodándose a la lentitud impuesta por el clima pero, de manera muy particular, buscando siempre el agua y los lugares frescos.

El movimiento lento pero sostenido ha caracterizado gran parte de la historia de esa región. Tal fue el ritmo de los cargadores, caballos y carretas que

transportaban las mercaderías desde la Estación del Ferrocarril al Mercado y, de aquí, a todos los rincones del pueblo durante las primeras tres décadas. Salvo unos cuantos establecimientos comerciales en algunas esquinas del distrito central, como los negocios de Antonio Agüero, Alejandro Alvarado y José María Vargas, el mercado fue el eje de la actividad comercial y, de manera decidida, de la vida social. El Mercado Municipal ha constituido el sitio cotidiano de encuentro para la gran mayoría de los habitantes. Con una difícil y peligrosa carretera como vía de acceso a los centros más importantes del Valle Central hasta finales de los sesentas y dependiendo casi en su totalidad del ferrocarril, la actividad económica del orotinense promedio se centraba en el Mercado Municipal. Allí las verduras que, al tocarlas, hacían suspirar por la lejana fresca de Cartago, Heredia y San José. Allí las hermosas telas venidas del extranjero. Allí las carnes, los granos en general, el tabaco y los licores. Allí las cosas nuevas que asombraban a los lugareños. Limpio. Aireado. Fresco. Allí crecieron capitales y apellidos. En sus plazas, las reuniones de los partidos políticos. En sus amplios pasillos, la prisa de quienes debían regresar a sus casas con las mercancías, pero siempre la oportunidad para detenerse, tomar algo fresco y, entre risa y sonrisa, pescar una mirada furtiva o el gesto esperado de quienes deseaban conocerse desde tiempo atrás.

Posiblemente, una de las épocas de mayor actividad en el Mercado transcurre entre la década de los cincuenta y la de los setenta. En los años cincuenta y como había sucedido desde 1915, los

sábados marcaban el clímax semanal de movimiento. Desde los más apartados lugares del cantón, la gente venía a llevar su 'diario' y, algunas veces, también a comerciar sus productos: arroz, frijoles, tamarindo, naranjas, marañones, cocos, mamones, nances, caimitos, zapotes, achiote, yuca, tiquisque, tomates, chiles...y alguno que otro producto de las hábiles manos de algún artesano. Don Sinforoso, con cerca de noventa años de edad y jadeando por el calor, o por la falta de aire, todavía hacía sombreros de pita, suaves y blancos. A inicios de los sesenta los confeccionaba diminutos, debido a la dificultad para conseguir el material y porque, cada vez más, la gente había dejado de usar sombrero; al final, estos eran del tamaño de una moneda de veinticinco céntimos y una nueva oleada de gentes, a quienes don Sinforoso también comenzó a llamar «turistas», los buscaba para usarlos como llaveros.

En la década de los cincuenta, muchos venían de Puriscal a vender granos y tapas de dulce y a comprar sal. Cientos de yeguas cargadas con sacos de arroz, maíz y frijoles en una fila interminable; a su paso, dejaban el rastro oloroso del estiércol fresco en la ruta hacia el mercado y las arroceras. Los sábados el pueblo se inundaba de 'bestias' y el Mercado de caras nuevas. Para los animales se contaba con varias herrerías en donde cambiarles herraduras, alimentarlos y dejarlos descansando; mientras tanto, sus dueños compraban los productos provenientes del Valle Central. Pero en las herrerías también se llevaban a cabo labores de fontanería, soldadura con cautil y trabajos de metal, desde cogerle los huecos a una olla hasta fabricar los portones de una

casa o los aros de metal de una carreta. Funcionaban varias herrerías pero, para finales de los cincuenta, una de las más grandes se ubicaba frente a la esquina noreste de la plaza este del Mercado, diagonal al negocio de don Alejandro.

A ambos lados del negocio de don Alejandro había varios árboles de almendro. Los había también en distintas calles porque alguien, no se sabe quién, tuvo la feliz idea de hacer el caminar por las calles y las escasas aceras del pueblo menos agotador y más fresco. Entrar a este negocio era internarse en un sitio mágico. Un edificio de madera, alto, con entradas de luz en el techo y bajo una de ellas una enigmática lora de yeso miraba fijamente a los niños desde la altura de un tabique y les hacía pensar que, en cualquier instante, se echaría al vuelo. Sin embargo, la fascinación de muchos niños, acostumbrados al paso diario del tren y a aplanar con el peso de sus ruedas las chapas de refrescos y cervezas para hacer un run-run, la constituyó, por mucho tiempo, un tren a escala exhibido por su dueño sobre una mesa grande, al centro de una de las estancias. Ya para entonces, el negocio distaba mucho de cuanto había sido en otros tiempos. Apenas operaba la cantina y, al fondo, podían observarse gavetas, estantes con puertas de vidrio, frascos y uno que otro instrumento propio de una botica. Algunos hablaban mal de aquel negocio, pues, además de cantina, pulpería y botica, sostenían, había funcionado con otros propósitos. Según ellos, mujeres hermosas habitaron los pequeños aposentos que formaban, rumbo el este, parte de esa construcción. Por ese época, allá por 1930, había mucho dinero en el pueblo. Los efectos de las Minas del

Aguacate, el Ferrocarril y la intensa actividad comercial en el Mercado se hacían sentir en el animado oficio de mujeres provenientes, según algunos, hasta de la misma Europa.

Para finales de los cincuentas, la presencia de esas mujeres era pura historia, algo así como un capítulo arrancado de alguna novela de Alejo Carpentier o de Mario Vargas Llosa. Solo quedaba doña Rosa, un cuerpo gordo y viejo que dejaba una perfumada estela por los pasillos del Mercado. Vestida de negro y con boca pintada en forma de corazón, se quedó para siempre en ese pueblo caliente. Llegó un día empujada por los vientos de algún



lugar donde la suerte no era buena, para hacerle la vida más placentera a los mayores y a dar cuenta de la virtud de los jóvenes. En el mercado, haciendo sus compras, respetuosamente se saludaba con doña Zeneida, doña Yolanda, doña Lela, doña Cunina, doña María, doña Rafaela, doña Berta... apreciadas dueñas de tiendas, bazares, pulperías y sodas, y, junto a otras respetables señoras y jovencitas del pueblo, doña Rosa, groseramente apodada por algunos «la olla de fierro», escogía meticulosamente los pepinos, tomates y lechugas de su ensalada diaria, única forma de apaciguar los constantes e intensos calores que la devoraban. Los sábados y a unos setenta metros del Mercado, por largo tiempo se vio una fila frente a su casa. Se distinguían las caras de quienes habían ingresado con sus bestias al pueblo durante el fin de semana. Cuando esos hombres dejaron de venir a Orotina, la fila empezó a hacerse más y más pequeña y, un día, desapareció sin que nadie se percatara. Entonces, doña Rosa -sustituida por unas dos o tres muchachas, con las cuales era imposible competir por más sabiduría que ella tuviera en las complejas y desgastadoras artes del amor- se dedicó a recoger dinero para enterrar cristianamente a muchos pobres y a vivir de sus recuerdos, dulcemente embriagada en sus perfumes y extraviada entre una multitud de muñecas con caras de porcelana.

La plazoleta este del mercado, con la refrescante sombra de sus higuerones, y la plazoleta oeste, con sus altos almendros, fueron, durante años, una extensión de las actividades del Mercado Municipal. A esos sitios llegaban comerciantes, vendedores de telas, de

medicinas milagrosas y de uno que otro espectáculo. Asiduos residentes de los techos del mercado y de las copas de los árboles, los zopilotes brincaban y tiraban de los huesos arrojados por los carniceros. Se convivía con ellos como lo que eran: una parte del pueblo; pocos los maltrataban, pues cumplían una irremplazable función de aseo. Cuando las filas de bestias provenientes de Puriscal, Turru-bares y otros puntos dejaron de venir, las herrerías desaparecieron y, con la automatización del transporte y la mayor capacidad para recolectar la basura, los zopilotes también se alejaron para siempre.

El Mercado continuó allí. Limpio. Aireado. Fresco. Dando cabida a las premuras y a los nombres de quienes se iban y de los extraños que venían; esos nombres no se retenían por mucho tiempo, se olvidaban más rápido, o nunca se sabían, pues fueron llegando cada vez más y especialmente de paso.

Los débiles bombillos eléctricos -bajo cuya luz tenue los juegos de escondidas, mirón mirón, aserrín aserrín adquirían un especial misterio en las tempranas horas de la noche- fueron sustituidos por potentes focos. Y entonces también se vendieron nuevos aparatos eléctricos y el pueblo, con más luz extendió el día y se llenó de mayores comodidades. Los fantasmas con los cuales los niños se asustaban quedaban atrás, desintegrándose en la cegadora luminosidad de cientos de soles. Admirados, los orotinenses salieron a ver volar los insectos aturdidos entre los haces de aquella luz; allí también se diluía un pasado de cuentos con brujas, cadejos, carretas sin bueyes y una enorme luna llena que curiosa seguía

el paso de la gente. Se iluminaban los signos de un nuevo capítulo en la historia del pueblo.

Para finales de los años cincuenta se instaló en la plaza oeste, donde antes se llevaron a cabo las concentraciones políticas de plaza pública, un parque de juegos infantiles. La arena utilizada para suavizar los golpes en las caídas se huedecía con el sudor de una chiquillada que rompía sus ropa deslizándose frenéticamente por el tobogán, aventando con fuerza las hamacas al cielo y aferrándose a las barras de una rápida rueda, mientras el pueblo giraba ante sus ojos como un gigantesco trompo de música. Al otro extremo, frente al costado este de la plazoleta de los higuerones, se abrió la primera gasolinera. Poco tiempo después, se empezaron a ver «cazadoras» con más frecuencia y, de esta manera, un día los grandes y frescos árboles de higuerón fueron arrancados de raíz con el propósito de tener sitio donde estacionarlas; allí, todavía, se encuentra la parada de autobuses.

Ya para entonces, al negocio de don Alejandro no entraban ni los recuerdos más recientes. En alguna esquina del pueblo, Jesús Cacarizo narraba, entre risa y risa, las increíbles historias de negros que sudaban betún cuando peleaban, de manadas de chompipes que le seguían como a un flautista encantado y de tuleviejas a quienes, después de amar, empleaba en la Capital como eficientes trabajadoras domésticas. La cantina de los Arguedas mantenía la "rockola" a todo volumen, en una mezcla barroca de dolidas rancheras, alegres cumbias y apasionados boleros. Era la única cantina dentro del Mercado y, con la soda de doña

Berta y las fondas ubicadas frente al costado sur del edificio, constituía uno de los sitios más próximos donde comer y beber algo para mitigar el calor. Usando siempre delantales blancos y limpios, en su negocio, doña Berta no parecía sudar mientras elaboraba suspiros con clara de huevo, papín de arroz, besitos, panes, gallos de papa y carne. Horchata, resbaladera, piña, chan, tamarindo, fresco de frutas, helados de coco y de natilla... y, al alzar la tapa del congelador que daba al mostrador, se podía respirar aquel aire frío, tan extraño y delicioso.

Sabrosos eran los olores de la comida que vendían muchas mujeres en el trayecto del tren. Iniciaban su bullicio en la estación de Río Grande de Atenas: ¡gallos de papa! ¡huevos duros! ¡gallos de chorizo! ¡tortas de carne! ¡muslos de galina! ¡pechuga! ¡gallos de picadillo! ¡empanadas! ¡semilla 'e marañón! ¡fruta 'e pan! Sus voces recorrían los coches, sorprendiendo con su extraordinaria habilidad para mantener el equilibrio, mientras realizan la venta o cuando prácticamente saltaban de un vagón a otro, desafiando una velocidad y unos movimientos que habían mandado a más de uno a la otra vida. A medio día y por eso de las cuatro de la tarde, se las veía llegar al Mercado con sus palanganas o cajas de madera con tapa de vidrio ya vacías. Recorrían cada uno de los negocios en busca de los precios más bajos.

Y en la Estación, ¿quién no saboreó un pedazo de sandía, una horchata, una resbaladera, un tamarindo, un caimito o un marañón? Durante los cinco o seis minutos que duraba la parada del tren, multitudes de voces, cuerpos, valijas

y bolsas erradicaban cualquier posible silencio. Que no te olvides de escribirme tan pronto como llegués, que te mando un telegrama, que me voy pero no te olvidaré jamás, que cuidado con sacar la mano o la cabeza, que te acordés de... Despedidas, promesas, momentos no imaginados, premura por un regreso que se había tomado más tiempo de la cuenta, ojos que se llevaban un último recuerdo, alguna lágrima dolorosamente atagantada como fina espina en el pecho y la idea, siempre la reconfortante idea de regresar al pueblo.

Muchas cosas nuevas sucedieron pocos años después. El pavimento se ensanchó al máximo, pues algunos consideraron necesario arreglar las vías públicas para un tránsito vehicular que estaba a punto de irrumpir con una fuerza jamás vista en el pueblo. Se hicieron aceras y se arrasó con los jardines del frente de muchas casas. El pueblo se calentó más. Llegar al Mercado empezó a ser una medida y frontal carrera contra los implacables rayos del sol. Y un día de tantos, allí en el Mercado, muchas bocas dejaron escapar su asombro al ver salir, de una caja parecida a un radio, la voz y las imágenes de quienes hablaban. Había llegado, justo a donde décadas atrás otros se sorprendieron ante una encandiladora, un radio de batería o una tela brillante y resbalosa, el último y más sofisticado invento: la televisión. Se colocaron bancas de madera para comodidad de los espectadores y quienes venían desde distintos puntos del cantón a hacer sus compras se apuraban un poquito más, para darse unos minutos y ver televisión antes de irse a tomar el tren o el autobús.

Si los potentes focos del nuevo

M. C. J. D.

alumbrado eléctrico habían sacado a los fantasmas nocturnos de todo oscuro rincón, ese aparato, con historias de gentes y lugares muy distintos a los de las películas mexicanas proyectadas en el único cine del pueblo, terminó para siempre con los juegos a escondidas, el lirón lirón y el aserrín aserrán.

Para los años sesenta, el desarrollo turístico de Tárcoles, Playa Azul y Jacó revitalizó en mucho la actividad comercial del pueblo. Es que Jacó va ser como un Acapulco, decían quienes, en su extremado amor por su Orotina, estiraba los límites del cantón hasta las mismas orillas del mar. Fueron los tiempos cuando el tren empezó a transportar más turistas. Los carretones con ruedas de llantas para transportar las mercaderías desde las bodegas de la Estación del Ferrocarril hasta los distintos negocios del Mercado empezaron a ser desplazados por los camiones de carga. Junto al Mercado, aparcaban los buses rumbo a las playas. Allí, mientras una oleada de gente sudorosa combatía el calor con algún refresco bajo un alero o al interior del Mercado, se cargaban las mercaderías para los establecimientos hoteleros de los nuevos sitios de descanso. Conforme aumentó el número de turistas, al mejorarse la carretera vieja, la actividad comercial empezó a satisfacer nuevos gustos y necesidades: filtros solares, pañuelos, anteojos de sol, sombreros de lona. Para entonces, Don Sinforoso apenas podía caminar, sofocado entre el tumulto de quienes se aglomeraban en las sodas. Hacía lo suyo para ganarse la vida y ofrecía aquellos diminutos sombreros que ahora servían de «souvenir».

Al pavimentarse la carretera, en los setenta, el pueblo se llenó de vehículos automotores. Las verduras siguieron llegando los martes y los viernes, pues en San José los días de plaza eran los lunes y los jueves, pero ahora se transportaban en grandes carros de carga. Poco a poco, el tren empezó a perder importancia. Para finales de los años setenta, no existía mayor vínculo entre la estación del tren y el Mercado. Los trenes repletos de gente rumbo a Orotina y Puntarenas dejaron de partirle el corazón al pueblo con tanto peso e insistencia. Las vendedoras de comida también dejaron de hacer su bullicio y de brincar de un vagón a otro como saltimbanquis con enaguas; tampoco se las volvió a ver regateando por el precio de las papas o cargando las compras en sus cajas de madera o en sus palanganas de aluminio. Don Sinforoso falleció mientras tejía uno de sus sombreros, balbuceando sus recuerdos en el espeso calor del mediodía. Muchas cosas siguieron cambiando y, en algún momento, alguien pensó en la conveniencia de echar abajo el actual edificio del Mercado y construir uno nuevo.

El distrito de Santo Domingo ganó buena parte de su vitalidad con la llegada del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. Del movimiento comercial, nació un mercado que ha visto y asimilado los cambios del pueblo a lo largo de casi ochenta años. Hoy, cuando Jacó y demás playas se han independizado económicamente de Orotina y cuando existen en el pueblo varios supermercados y gran cantidad de establecimientos comerciales extramuros que le han ido quitando al Mercado mucha de su actividad, el tren ha perdido importancia; es un sonido y un trepidar a los

cuales pocos atienden, una estación donde no se hace fila para comprar boleto, una hilera de vagones que levanta el polvo de entrañables historias. Quizá por esa misma velocidad con la cual Orotina está cambiando su vida, tal vez por haber observado las profundas y poco felices transformaciones de muchas ciudades, especialmente de San José, nos hemos apurado para que el Mercado Municipal de Orotina no llegue a convertirse en otra desmemoria. Posiblemente le guarde un destino semejante al de edificios que, en un loco y enajenado afán de progreso y modernización, algunos han echado a tierra. Pero, quizá también se llegue a entender que «modernizarse» o «progresar» destruyendo cuanto hace a un pueblo diferente es perder identidad, anular su historia, una especie de irracional suicidio. La sabiduría parece residir en la asimilación apropiada de lo nuevo como complemento de lo viejo, enriqueciendo cuanto se tiene y utilizándolo de mejor forma. Por ahora, únicamente se requiere una mirada al estado lamentable de sus imponentes vigas y a sus altas columnas, para saber que, también un día, ese mercado podría convertirse en un recuerdo apenas retenido por una palabra o una fotografía de lo que, todavía hoy, no ha dejado de ser el sitio más fresco en un pueblo tan caluroso.

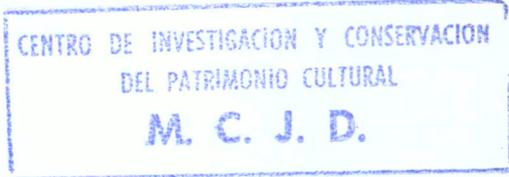
NOTAS

- (1) Ramón Gutiérrez. *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Cátedra: Madrid, 1983. Pág. 91.
- (2) *Ibid.* Págs. 91-92.
- (3) François Fourquet y Lion Murard, *Los equipamientos del poder* Gustavo Gili: Barcelona 1978. Pág. 28.
- (4) Gutiérrez. *Op. cit.* Págs. 461-462.
- (5) Gaston Bachelard. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica: México, 1975. Págs. 36-37.
- (6) *Ibid.* Págs. 39-40.
- (7) Christian Norberg-Schulz. *Existencia, Espacio y Arquitectura*. Blume: Barcelona. 1975. Pág. 9.
- (8) Ver Louis Althusser. *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Quinto Sol: México. 1985. Pág. 27 y siguientes. Entre ellos se incluyen el aparato educativo formal y la institución cultural («Literatura, artes, deportes, etc.») y se les concibe como funcionando «masivamente con la ideología como forma predominante».
- (9) Aldo Rossi. *La arquitectura de la ciudad* Gustavo Gili: Barcelona. 1982. Pág. 201.
- (10) *Ibid.* Pág. 226.
- (11) Bernardo Augusto Thiel. «La Iglesia Católica en Costa Rica durante el siglo XIX». En: *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*. Tipografía Nacional: San José. 1902. Pág. 330.
- (12) Luis Ferrero Vargas. *Arbol de recuerdos*. Editorial Costa Rica: San José. 1991. Pág. 21.
- (13) *Ibid.*, Pág. 19.
- (14) Juan Bautista Lobo Hernández. *Reseña histórica de Orotina*. Trabajo mimeografiado. 1983. Pág. 13.



16 de agosto, 2000

Arquitecta
Sandra Quirós Bonilla,
Directora Centro de Patrimonios Culturales
Ministerio de Cultura Juventud y Deportes,



Estimada señora :

Para su conocimiento y fines consiguientes les transcribo acuerdo del Concejo Municipal de Orotina, aprobado unánime en firme en sesión ordinaria No 130, celebrada el día 14-08-2000, en el artículo V, aparte 03, el cual a letra reza lo siguiente:

El Concejo Municipal de Orotina le solicita que se nos indique si el Mercado Municipal del Cantón de Orotina, ha sido declarado Patrimonio Histórico Nacional.

De usted respetuosamente,

CONCEJO MUNICIPAL OROTINA

KATTHYA SALAS CASTRO
Secretaria del Concejo

CMO/ksc

